



SODOMA MIA
FRANCISCO CASAS



Francisco Casas, **Sodoma mía**. Prólogo de Soledad Bianchi. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1991, 63 páginas.

La puerta de Casas

Pedro Lemebel

Un libro comienza en su tapa y ésta su vez se transforma en la máscara de cartón que reproduce el rostro del autor. En este caso el semblante mortificado por el fichaje del nombre paterno (Francisco Casas) y el posesivo sexual de la rotulación bíblica, calcinada por el castigo (**Sodoma mía**).

Entonces este libro podría leerse en su puerta de entrada como la marca-estigma del triángulo rosa de la Alemania nazi o el doble triángulo de la estrella judía. Y más aún en estos tiempos sidarios, como el capullo pustular que florece entre libros, contagiando la estructura patriarcal de la poesía chilena. Gesto político de dar la cara, frontalidad que comparece en su diferencia.

De esta manera el tránsito de esta portada interviene los circuitos de tráficos literarios a la manera del titular, o más bien como demanda social instaladora de una escritura homosexual, novelada en la develación de su secreto. Acto que se gasta en la exposición de un protagonismo a toda carátula, a todo grito en su mordaza minoritaria; vitrificado desde el escapate, doblemente vidriado por el ojo censor en emboltura de embolturas, un deseo sellado múltiples veces por el termolaminado de su aislamiento.

Sin duda un efecto de espejo efectúa esta portada, que su repartición narciza desgarrar los tules acrílicos de su confinamiento. Rastros de *rouge* permean la tapa del diario, en la

mañana: "A bastonazos matan a una loca". La mancha de aceite reverdece en la madera de una puerta en Pudahuel, lubrica las cicatrices, revirtiendo el mal de ojo, y ojo por ojo de ceniza a Genicjenta, de calamidad a princesa de Calaminas la Pancha va vertebrándose de borde en borde al encaje del *make-up* de una portada; que no es *Vogue*, no la portada de *Vitacura* o la revista *Caras*, o *Cosas* que se parezcan sino más bien la formalita o el cholguán de entrada al rústico habitaje de la homosexualidad proletaria, clausurada por el sello burlesco de la poblada.

Pero esta puerta (la de Casas) burla la burla, rompe los sellos soñándose portal de nomeolvides, cortinaje púrpura, ábside profano, arco de triunfo por donde cruza el gastado correa-je de su zapatilla; cristalizada en la palidez de amanecidas, con las alas plegadas, en el regreso a Pudahuel, de retorno al insectario.

Quizá este libro sea un sarcófago de Sodoma que nunca ha sido abierto. Solamente vemos en su tapa la cara de Francisco Casas pintada por la fotografía de Verónica Quincy; en el gesto (la mueca) cinematográfico de un maniquí de sal, que lanza su beso alambreado de pelos, al tra-seúnte que lo contempla. Un deseo de imagen como pasión literaria estampada en la frente, en los pensamientos, desde esas antiguas películas de la Metro Goldwyn Mayer que los homosexuales vemos por televisión junto a nuestra madre, pensando en un devenir invernal cuando ya nadie toque la puerta. ■